

UN AÑO LITERARIO MAS

PERDONEME el director de LA VANGUARDIA y los lectores: este año no haré el acostumbrado recuento de los libros que han visto la luz en el transcurso de 1958. No cabe duda que la enumeración de obras y autores siempre pecaría de incompleta y aunque la redujésemos, deliberadamente en vista de un criterio selectivo, siempre desbordaría los límites propios de un artículo, y si tratásemos de matizar un poco la árida relación de títulos con algún juicio, forzosamente rápido, acerca de cada una, no haríamos sino repetir, con los riesgos de toda apresurada síntesis, las opiniones ya vertidas en estas columnas. En todo caso, sería inevitable la omisión de alguna obra interesante, y su autor se sentiría lastimado en su derecho a la cita, dándose por preterido con aparente razón.

Esta clase de balances no aclaran, al fin y al cabo, el proceso histórico de la Literatura, cuyas etapas no cabe marcar por años, ya que las corrientes generales de las ideas estéticas y de los géneros en constante evolución, sólo se hacen perceptibles a la luz de una más amplia cronología. Todos los años, todos los meses, todos los días, son de transición, si bien el ritmo de su paso se acelere, en esta o aquella unidad de tiempo, por razones cuyo estudio incumben más bien al historiador y al sociólogo que al crítico propiamente dicho. Determinadas circunstancias de alcance general influyen sobre la Literatura en un grado que ya no discute nadie, por muy esteticista que sea. «El arte por el arte», podrá ser una doctrina, pero nunca ha sido una realidad histórica. Precisamente, en la transición del siglo XIX a este que nos lleva consigo, se dió el caso harto significativo de D'Annunzio que canonizó la Belleza con ardiente fe intemporal, ligando su inspiración a formas actualizadas de la antigüedad clásica. Y aunque no hubiese participado en los hechos concretísimos de la primera guerra mundial, la adscripción a su tiempo le adhiere a él como un fruto cennatural.



Juan Ramón Jiménez

No nos extrañe que en 1958 no haya cambiado de fisonomía la Literatura ni dentro ni fuera de España porque las circunstancias en que se desarrolla la sociedad contemporánea y el ambiente que respira el hombre de cualquier país, continúan siendo las mismas que vienen imperando desde la liquidación —hipotética liquidación— de la última guerra, más que grande, descomunal. El puente por el que pasan, hacia la orilla, apenas entrevista del futuro los lectores, los autores y los que no figuran entre estos ni aquellos, uembla entre la angustia y la ilusión: de ahí la incertidumbre como un carácter común a la vida y a las letras; Llegará, sin duda, el momento en que todo adquiere su adecuada perspectiva, y entonces hallaremos la razón de estas confusiones y despistes: del inmenso «cocktail» en que se mezclan los más contrapuestos elementos, regustos clásicos y románticas inquietudes, avances técnicos y muy calculados arranques caprichosos. La Literatura anda bastante perdida. Pero es que el hombre no acaba de reencontrarse.

Apenas se le empuja, el poeta se enmisma. Hemos ante un fenómeno patente de exacerbación lírica. Este lirismo es de tal fuerza infiltrativo, que ha penetrado incluso en la novelística, dando la primacía que es notoria a los factores psicológicos, tocados de gracia poética: nueva forma de novela psicológica que traspone la realidad inmediata al plano de la creación. De una u otra manera, el poeta se encastilla y su lenguaje peculiar le sirve de puente levadizo. Cuando desca incomunicarse, y ello es frecuente, su lenguaje le aísla, de puro sutil y conceptual. Es así cómo se explica ese divorcio de los poetas de hoy con su posible público a que alude José María de Sagarra en admirable artículo reciente.

Antes un «antes» que podríamos quizá localizar en los años del Romanticismo, los poetas eran una especie de ministros de la emoción general. Si tocaban la cuerda del amor, todos los novios vibraban a su compás, y los versos de Musset o de Espronceda podían ser citados en las cartas o en los coloquios inflamados por la pasión de cada

enamorado. Los novios llegaban a viejos y recordaban los versos de la juventud con una unión conmovedora. De esta suerte la poesía se exaltaba nada menos que a ser una deidad familiar. Pero llegó un día en que —dice Sagarra— un poeta como Ramón Jiménez, llamado a la popularidad, en la primera época de su obra, se sometió a voluntaria y exigente disciplina. «se cerró para el mundo y se abrió para sí mismo». Probablemente, se producía en él un caso análogo al de Mallarmé, maestro de la poesía difícil, más intelectual que sentimental, aunque tal vez lo fuese también, pero de otra manera: a la muy reñida y esotérica manera de Saint John Perse, esto es, exigiendo un esfuerzo de comprensión: al corazón por el cerebro, a la efusión amorosa por el análisis químico.

Vicente Aleixandre ha hecho de la comunicatividad o de la comunicación un requisito esencial de la poesía; pero la inmensa mayoría de los poetas actuales no cumplen esa condición, y se da la paradoja de que habiendo ganado mucho terreno en un sentido, la poesía fiel a las preocupaciones sociales de nuestro tiempo, pierde ambiente popular hasta el extremo de que con ser muchos y de calidad los poetas con derecho a la más amplia resonancia de su voz, tienen que darse por satisfechos con el eco, de muy corto radio, en su círculo de amigos y colegas, sin otro escape que el deparado por un premio o premiecito. La poesía social no goza del público que, por definición, debiera corresponderle. Esto ocurre desde hace unos cuantos años. Pues bien, continuamos, pese a contadas excepciones, en el angustioso ciclo de la poesía minoritaria, y en 1958 no se ha alterado esa situación.

La saturación poética de ciertos sectores de la novela actual se hace visible en un refinado psicologismo o en la estilización del paisaje, o en clara tendencia a situaciones y ambientes poemáticos. Pero son muchos y cuantiosos los arrastres del realismo, con todas sus consecuencias. Más de una vez, y más de dos, hemos llamado la atención sobre el uso y aún el abuso de vocablos crudos, de tipos anormales, de esquinados y sombríos cuadros de costumbres, de temas anómalos, por no decir monstruosos. Evidentemente, hace falta un poco siquiera de imaginación para suavizar las asperezas del «feísmo» predominante. Cuando las novelas de cierto tipo no son francamente desagradables, caen en enojosa ramplonería. Para observar hay que elegir y para interesar en un relato, es forzoso escoger los más significativos detalles. El naturalismo está ganando batallas después de muerto, con el injerto de la novela norteamericana que, en tesis general, y vista superficialmente, tanto tienen de reportaje y de padrón vecinal. Nuestra novela, en gran parte, es demasiado casera y familiar, con vistas a sórdidos patios interiores. Hay que abrir ventanas a paisajes de abierto horizonte, y si los novelistas jóvenes tienden a ampliar esa nueva visión que tan conveniente nos es, el fenómeno aún no se ha generalizado, ni mucho menos, y ojalá nos traiga 1959 lo que 1958 nos ha regateado.

Pensamos si, que el problema de la poesía de hoy estriba en su falta de comunicatividad, y el de la novela, en la escasa imaginación que cualquier lector puede advertir sin gran esfuerzo. El problema del ensayo es más complicado todavía. Como que sus términos trascienden del orden estrictamente literario, para tocar al régimen general de la cultura. Muchos de los ensayos actuales son artículos largos o tratados de una motivación malograda. Muchos historiadores, sociólogos, economistas, filósofos, críticos, etcétera, que pudiesen escribir serias obras de su especialidad, tan extensas y orgánicas como fuera menester, escapan por la línea del mínimo esfuerzo que, para ellos viene a ser el ensayo, sin advertir que es un lujo de la inteligencia y que su dificultad técnica consiste justamente en eso: en imprimir a un tema arduo un giro rápido, personal e independiente. Por otra parte, el articulista de la Prensa diaria que lleva a sus cuartillas temas que, por su propia naturaleza, requieren un desarrollo de más reposada atención en revistas o libros, queda a la mitad del camino: entre periodista fatuo y ensayista frustrado.

...Suma y sigue. Esta cuenta de nuestras limitaciones literarias, pasa de uno a otro año y es natural que así ocurra, porque hace falta mayor transcurso de tiempo para que se noten los cambios de orientación, de estilos, de inspiraciones, que sean de menester para que nuevas corrientes fertilicen el vasto campo de las Letras. Señalar las parcelas que verdan prometedoramente, gracias a su cultivo, es labor que los críticos realizamos al hilo de los días, lo mejor que nos es posible. Gracias a Dios, nuestra literatura florece. Pero sus posibilidades son extraordinarias; nuestra lengua, espléndido abono o irrigación provechosisima. Mas en esta hora del balance de fin de año no está demás el traer a cuento lo que falta o lo que sobra. Desde este punto de vista, 1958 ha sido un año más; una etapa como las inmediatamente anteriores en el ondulante camino de nuestra literatura.

M. FERNÁNDEZ ALMAGRO
de la Real Academia Española

ESPAÑA Y AFRICA

HAY políticas que nacen del estómago de las naciones y otras que surgen del corazón. No interesaron jamás a España las primeras. No entendió nunca nuestra Patria de esos distinguos, tan al uso en tiempos no remotos, que hablaban de colonias de explotación; de espacios vitales; de reservas territoriales; de capitalismo de exportación. Jamás, en efecto, los españoles supimos nada de esto. Es probable que nuestra propia ignorancia —¿y por qué no decirlo con más exactitud nuestro desinterés?—, haya hecho, precisamente por eso mismo, trascender nuestra actividad colonizadora en el mundo entero. América fue, por eso, tanto como una hazaña y no pequeña, la real y verdadera demostración de la consagración misional hispana. ¡Ahí está el fruto! Y por el fruto reconoceréis el árbol. El árbol, vivo y recio, de una raza.

España no ha ido por tanto a África, como han podido ir otros diversos pueblos. Y no hay en esta afirmación, motejo alguno para la acción colonizadora de los demás. Muy al revés. Los precipitados, los injustos o los taimados —que de todo hay— pueden lanzar ahora diatribas, sin fundamento, cuanto más candentes sean, contra la colonización. A la colonización de africanos y romanos debe España no poco de su lustre antiguo. A la colonización hispana debe América lo mejor que tiene. A la colonización occidental y cristiana debe África el milagro de su despertar en tres cuartos de siglo. El paso, súbito, en fin, de la barbarie y del feudalismo más primario a esta era de progreso técnico, económico, cultural. Y en esta tarea benemérita tiene España un puesto destacado del que debe enorgullecerse tanto, al menos como de su gran y sorprendente cruzada americana. Con una diferencia para con las otras colonizaciones. España no pidió nada en su tarea. Que, al revés, le fué disputada por los otros España, al contrario, lo dió todo en la empresa. Y es que España, como la vieja Roma, tiene alma de matrona de pueblos. La señaló el destino para las más altas misiones. Para ganar adeptos a la fe verdadera. Y para llevar la dirección en la gran empresa de civilizar continentes.

Tal pudiera ser —lo es a nuestro juicio— la gran misión de España en la Historia del mundo. Mas en lo que a África concretamente se refiere, la misión viene dada por la propia substantialidad de las cosas. Hay políticas, pudiéramos añadir aquí, nacidas del cerebro, de las conveniencias o sencillamente dictadas por móviles de tipo imperialista. Son las que se han apresurado a reparar el mundo en zonas de acción; de influencia o sencillamente a sembrarle de bases, puntos de apoyo, lugares de escala, puertos militares y plazas de guerra. España, al revés, fué casi siempre a todos sitios tras de sus misiones; en apoyo de la fe de Cristo, como hiciera exactamente en Europa en tiempos de un imperio que más que español podría ser llamado del catolicismo.

La política africana de España resultó, así, ser fruto de un corazón —el español— pero también de una geografía, naturalmente, la posicional española. Nadie podrá explicarse sino por el arrojío de sus nautas o por la fuerza de sus argumentados, materializados en la potencia que los sustentaba, ciertas posiciones extranjeras en África. El caso español es distinto. Durante siglos y siglos —durante toda la Edad Antigua y aún la Media— España y África septentrional no fueron nunca tierras diferentes. Eran imperios centralizados y unitarios, con Cartago; con Roma, incluso, con los vándalos y con los árabes. Con una diferencia. España, las tierras al norte del estrecho de Gibraltar, era el núcleo de semejantes integraciones. Roma, que hizo de España su hija predilecta, montó en África del Norte solamente su cobertura. Los árabes hicieron de Córdoba el centro de su cultura, y de Granada, después, el de su arte. La Kutubia, la torre de Hassan, son en efecto, hermanas de la Giralda sevillana, pero hermanas menores ciertamente. Luego en la Edad Moderna, España, unificada, poderosa, naciente, pudo, sin duda llevar lejos sus pujos africanos. Y no lo hizo. Derivó por Europa porque el programa del imperio español no era material sino espiritual. Sin embargo, en los días de los Reyes Católicos, y aun con anterioridad, las naves andaluzas y cántabras llegaron hasta las tierras de Guinea y aun mucho antes, en los viejos tiempos de la conquista de Canarias, cántabras y andaluces igualmente andaban ya empeñados en sembrar de factorías costeras todo el litoral sahárigo. Melilla fué unida a España antes de que ésta recondujera su unidad total con la incorporación de Navarra. Ceuta vino a nosotros traída por Portugal. Y cuando el país luso retornó a su independencia, desecha la Unión Ibérica Ceuta voluntariamente, mostróse decidida a quedar unida a España. Y así quedó en efecto ¿Qué quiere España en África? Pues lo que quiso siempre. ¡Paz! Y naturalmente el mayor progreso y bienestar para sus súbditos. En Guinea, donde nunca jamás sonara un tiro, España ha eliminado las endemias casi en absoluto; ha elevado notoriamente el índice cultural gracias a sus escuelas, institutos, bibliotecas y centros de estudios; ha creado la técnica agrícola, ha introducido la explotación racional del bosque; ha tendido carreteras; construido puertos y establecido aeródromos, alguno de ellos intercontinental. Mientras que ha liberado al indígena de la malaria, de la mosca «tsetse» o de la lepra y de los horrores de la antropofagia, ha hecho apenas en el término de quince a veinte años, cuadruplicar la producción de cacao, duplicar la del café y quintuplicar la de la madera. En las tierras africanas occidentales ha establecido también sus misioneros, abierto pistas, construido puertos —como esa inaudita obra del embarcadero de Sidi Ifni, que ha hecho navegar con éxito por pleno océano los más grandes barcos de cemento que la ingeniería naval construyera nunca. En cuanto a Marruecos jamás tuvo España más íntima satisfacción de su labor —magnífica, ejemplar, con sacrificio propio de sangre y de dinero— que cuando pudo otorgarle generosa, sin discusión, su plena autonomía. España jamás quiso más que la prosperidad y la tranquilidad del país. Si Marruecos es hoy una unidad, se la debe a España y a nadie más que a España, porque se debe al sacrificio español y sólo al sacrificio español, la inclusión en el Marruecos mauriziano de la independencia, lo que fué eternamente tierra rebelde: «Blad es siba».

Tal es la verdad. La afirmación no es de ahora. Es de siempre. Paz para Marruecos. Prosperidad para Marruecos. He aquí lo que dijieran siempre nuestros viejos africanistas del XIX. Costa por su puesto. «Marruecos y España deben conservar su mutua independencia renunciando, en absoluto, a conquistarse una a otra», decía aquél. Mas aún añadió: «...no basta ello, debe garantizarse de todo intento de anexión de protectorado o de desmembramiento».

España, que llevó la paz a África —ninguno de sus territorios allí, protectorado incluso, conocieron los estragos de las dos grandes guerras mundiales, ¡la gran excepción en el mapa africano a la sazón!—, no quiso, ni quiere, ni querrá más que eso. ¡La paz! Justamente lo que más ansia para sí misma. Porque al fin para los españoles, como decía el propio Costa, «África comienza en la planta del pie y termina en el pelo de la cabeza». Que nosotros, en efecto, los españoles, nos sentimos en el mejor sentido de la palabra africanos también.

José DIAZ DE VILLOCAS

¡Hágalo feliz Señora! ★

para caballero y niño

CORBATAS
CAMISAS
PIJAMAS
SUETERS
PAÑUELOS
NOVEDADES

Elite
PRENDAS PARA TODOS
paseo de gracia, 36

... los precios más baratos "

CLAS de lavadora

Lavadoras nuevas de todas las marcas.
Compra Venta y Alquiler de lavadoras usadas
Facilidades de pago sin aumento.

JULIAN PORTET, 8 T. 229379
(Detrás de la Jef. Sup. de Policía)

RECUERDE... que sean PHILIPS

Mejores no hay

JUGUETES ORIGINALS. ARTICULOS DEPORTE. COCHECITOS CUNA

CASA VILARDELL
FONTANELLA, 17